

á ellas con tierno afecto de gratitud. Entre las felicitaciones de los jefes del ejército, llamó la atención la del general Escobar, que le dirigió las siguientes palabras: «Señor: Sin la bandera de Asturias, no hubiera existido la nación de Carlos V.; sin el pendon de Iguala que ahora empuñan vuestras manos generosas, la patria de Iturbide sería hoy presa impune de nuestro vecino.

«Señor: á vuestro preclaro nombre reunís ahora la noble y heroica abnegacion de quedaros entre nosotros; y vuestra inesperada presencia en el cuartel general de vuestro ejército, aumenta hasta el delirio, el valor y el entusiasmo de vuestros leales veteranos, que tienen que pelear y vencer á la vista de su soberano.

«Dios os bendiga, Señor, y á nosotros tambien; y que la posteridad os proclame con justos títulos de gloria, Maximiliano el Grande.»

Pasados los momentos de la recepcion, el emperador y sus generales se ocupaban de todo lo que era necesario al buen estado de las tropas, y en los preparativos de la próxima campaña.

Maximiliano, al salir de Méjico, trató de calmar los ánimos de los que hubieran deseado que se quedase en la capital, haciendo creer que su marcha á Querétaro no tenía más objeto que hablar con el general D. Miguel Miramon; ordenarle que no regresase por entonces á la capital; arreglar todo lo relativo á la lucha que era preciso emprender; procurar el mejor estado de las tropas, y dejando todo en el mejor orden posible, volver en seguida á Méjico, á fin de crear todos los recursos necesarios para atender debidamente á las tropas. En el mismo sentido

habló al general D. Leonardo Marquez al salir de la capital; y sólo en la segunda jornada de Cuantitlan á Tepuji del Río le confió el pensamiento que tenía. Entonces le hizo saber que su objeto no era regresar á la capital, sinó seguir con el ejército hasta establecer en la ciudad de Lagos el gobierno, como el punto más céntrico y más

1867. á propósito, en concepto suyo, para hacer
Febrero. frente á todas las dificultades en aquellas circunstancias.

Manifestado este pensamiento á D. Leonardo Marquez, trató éste desde el momento que la columna llegó á Querétaro, de reunir todos los elementos de guerra posibles, pues eran escasos los que existían en la plaza, y muy pocos, como se ha visto, los que llevó de Méjico el emperador por la precipitacion con que salió de la capital. Sin embargo, á pesar de su actividad no era posible que se hiciese, sin recurrir á la capital, de los medios que eran indispensables para marchar á Lagos y establecer allí el emperador su gobierno. Los republicanos tenían facilidad de poder enviar gruesas divisiones sobre Lagos, y preciso era para poder batirlos y permanecer firme el gobierno imperial en aquel punto, contar con mayores recursos de guerra que con los que podían tomar de Querétaro. Maximiliano lo comprendió así al querer poner en práctica su pensamienio, y en la noche del mismo día de su llegada á Querétaro, encargó al general Marquez que pidiese al presidente de ministros artillería, municiones y cuanto juzgase necesario, cuyos objetos debían ir custodiados á Querétaro por tropas de la capital, entre ellas el regimiento de húsares, compuesto de austriacos, de que

era coronel el conde Khevenhüller. El general Marquez obsequiando la voluntad del soberano, libró el día 20 y 21 las órdenes más apremiantes, pidiendo en nombre del emperador los efectos de guerra que se necesitaban.

Al mismo tiempo se esperaba para abrir la campaña, la llegada á Querétaro del general D. Ramon Mendez con su brigada, que había operado sin descanso hasta entonces en el Estado de Michoacan.

La orden de que emprendiese la marcha á Querétaro, la recibió en los primeros días del mes de Febrero, poco despues de la derrota de D. Miguel Miramon en San Jacinto; y desde el momento mismo dió las disposiciones convenientes para cumplir con el superior mandato.

Las diversas secciones de tropas que tenía situadas en distintos puntos del Estado, iban llegando á Morelia, su capital. Los cuarteles estaban llenos de soldados, y en el de artillería, donde se hallaba establecido tambien el arsenal, se desplegaba una actividad extraordinaria, construyendo ó bien reparando el material de guerra, cargando de municiones, de armas y de vestuario toscos pero sólidos carros, y componiendo cureñas, fusiles y cuanto perteneciente al ejército se encontraba en mal estado.

1867. El aspecto que presentaba Morelia con la
Febrero. concentracion de tropas y con el movimiento que se advertía en todos los puntos de la ciudad en que estaban los cuerpos, era inusitado. Nadie sabía la disposicion dictada por el gobierno al general D. Ramon Mendez, y todos se preguntaban la causa que motivaba aquellos preparativos de guerra. Los imperialistas dedicados á sus negocios pacíficos de comercio, de industria, de agri-

cultura y de otros ramos, temian verse abandonados, y estaban, en consecuencia, tristes; los republicanos, por el contrario, sospechando que la ciudad iba á ser evacuada, sentían una alegría intensa que procuraban ocultar.

La guarnicion de Zamora que, como tengo referido, se había retirado de esta ciudad, la segunda en importancia del Estado de Michoacan, despues de haber rechazado el ataque dado por el general republicano D. Manuel Marquez, se hallaba ya en Morelia. El coronel D. Juan Berna que la mandaba, y que era uno de los oficiales más valientes del ejército imperialista, se ocupaba, como todos, en proporcionar á su cuerpo lo necesario para la campaña.

El general D. Ramon Mendez no descansaba un solo instante, y pronto su division debía hallarse con todo lo necesario para emprender la marcha.

Aunque hasta el momento de la partida á nadie hizo saber la orden que había recibido, sin embargo el día 12 de Febrero casi todos comprendieron que la ciudad estaba en vísperas de ser evacuada. Con efecto, en la mañana del siguiente día 13, todas las tropas estaban escalonadas en la plaza principal y en las calles adyacentes. El general D. Ramon Mendez se presentó entonces á sus aguerridos soldados, y en una alocucion breve y entusiasta, les dijo «que el emperador les llamaba á su lado; que abandonaban Michoacan como vencedores y en virtud de circunstancias independientes de su voluntad, pero que esperaba volver muy pronto con ellos (1). En

(1) Alberto Hans, francés, oficial de artillería de la division de Mendez, en su obra que lleva por titulo «Memorias de un oficial del emperador Maximiliano.»

la misma breve arenga les manifestó «que sentía profunda pena en evacuar Morelia ante un contrario que nunca se había atrevido á presentarse á combatirle, y al cual se había perseguido sin descanso.»

Poco despues, la division salía de la ciudad para Querétaro.

1867. El general D. Ramon Mendez y su escolta fueron los últimos que partieron de ella á los gritos de «¡Viva Méjico! ¡Viva el emperador!»

Un número considerable de personas bien acomodadas de ideas imperialistas emigraron en aquellos instantes para Querétaro, temiendo ser molestadas por las tropas republicanas que ocupasen la capital del Estado.

La ciudad despues de la partida de la division del general Mendez, estuvo por espacio de algunas horas, sin autoridades. Los comerciantes, con el objeto de mantener el orden, se armaron; pero este se habría conservado igualmente, si hubieran permanecido en sus casas. Justo es decir, en honor del pueblo morigerado de Morelia, que no llegó á cometer ningun exceso, no obstante el abandono en que la ciudad quedó. La propiedad se vió respetada por todos como si hubiesen existido autoridades; y esta noble conducta observada por el pueblo de Morelia, se había visto observada varias veces por los habitantes de otras muchas poblaciones de Méjico. Nada habla más alto contra las apreciaciones poco favorables de la mayor parte de los escritores extranjeros respecto de los sentimientos de los mejicanos, que la conducta observada hasta por la clase más menesterosa de la sociedad en esos

momentos en que las poblaciones quedaban por algunas horas sin autoridades.

La division del general D. Ramon Mendez se componía del *Batallon del Emperador*, cuerpo aguerrido, organizado por el expresado general, que había sido su coronel en otro tiempo; del *Batallon Iturbide*; del 3.º de línea y 12.º de línea; del batallon de milicia de Zamora; de los regimientos 4.º y 5.º de lanceros, de algunos escuadrones irregulares de guardias rurales, y de la 8.ª batería de artillería. El capitán primero de esta batería era D. Antonio Salgado, oficial mejicano, muy distinguido por su saber, su valor, su instruccion, su amor al estudio y su rectitud. El segundo capitán era D. Luis Muñoz, viejo militar de intachable conducta, modelo de subordinacion y de probidad, valiente en el peligro, humano en el triunfo y modesto en su conversacion. Los oficiales subalternos eran el teniente D. Romualdo Guerrero y Manzanares, excelente jóven mejicano, hijo de

1867. un general español que había ido á Méjico Febrero. con uno de los últimos vireyes y que aceptando el Plan de Iguala proclamado por Iturbide, ayudó á este á hacer la independenciam; D. Alberto Hans, jóven francés, que más tarde escribió una interesante obra sobre el sitio de Querétaro, ó sean, «Memorias de un oficial del emperador Maximiliano;» y otro jóven, apellidado Correa, que había hecho sus estudios en el colegio militar de Chapultepec, y en el cual se encontraban reunidos el valor, la modestia y la instruccion.

La fuerza total de la division ascendía á tres mil quinientos hombres de todas armas. Los principales jefes de

ella, eran el comandante de estado mayor Loaiza; el coronel Santa Cruz que mandaba el 4.º regimiento de caballería; el coronel Vera, que tenía á sus órdenes el 5.º regimiento de la misma arma, cuyo teniente coronel era D. Macario Silva, considerado como el mejor jinete de la brigada así como de los más valientes del ejército. La infantería se hallaba al mando del coronel Farquet, y de los tenientes coroneles, D. Juan Berna, Madrigal, Redonet y D. Juan de Dios Rodriguez.

La marcha de la division era lenta, por motivo del considerable convoy que llevaba, y del crecido número de empleados civiles, de personas comprometidas por sus opiniones, de comerciantes, de viajeros y de familias que en coches, en carros y á caballo habían abandonado la ciudad.

La primera jornada fué á Indaparapeo, la segunda á Zinapécuaro, la otra á Acúmbaro, y así sucesivamente. En Celeya, á donde la division llegó el 20, encontró el general D. Ramon Mendez al coronel D. Julian Quiroga que se hallaba allí con su brigada de caballería y había hecho la campaña en los Estados de Nuevo Leon, Coahuila y San Luis Potosí. En la mañana del 21 continuó su marcha la division, y pernoctó en Apaseo, pueblo delicioso y pintoresco situado á seis leguas de Celeya y cuatro de Querétaro. Al amanecer del 22, se puso en camino la columna para esta última ciudad que sólo dista cuatro leguas de Apaseo. La tropa marchaba alegre y animada, olvidando los trabajos de las penosas jornadas hechas por los malos caminos que habían atravesado hasta salir del Estado de Michoacan. El soldado mejicano es

uno de los que con más resignacion sufre las incomodidades de una marcha molesta y larga. Compuesto su ejército, excepto la oficialidad, de indios ^{1867.} acostumbrados á los trabajos del campo y á ^{Febrero.} caminar varias leguas diarias por pésimos senderos para llevar sus pobres mercancías á las grandes poblaciones, soporta, sin esfuerzo, los rigores del sol, la molestia del polvo y la escasez de las cosas más necesarias. El soldado mejicano, cuando emprende la marcha en campaña, no vá calzado de zapatos, sinó de *guaraches*, que es un pedazo de cuero que sólo defiende la planta de los piés, sujetos á estos por unas correas delgadas, á manera de sandalias. Los *guaraches* es el calzado que los indios usan constantemente, y por lo mismo, cuando sirven en el ejército, prefieren hacer sus marchas con ellos que con zapatos. En las poblaciones, sin embargo, suelen llevar zapato, y de ninguna manera se les permite que se pongan *guaraches*, pues, como he dicho, éstos sólo suelen usarlos en campaña. En la estacion de las lluvias en que los caminos suelen ponerse intransitables, el soldado mejicano simplifica aun más su traje para caminar con libertad. Al caminar, en esa estacion, se quitan el pantalón colorado militar, que lo colocan en la mochila; remangándose hasta la rodilla un ancho calzon blanco de algodón que llevan debajo de aquel; se despojan de los *guaraches*, que los cuelgan en la cintura, y siguen la marcha descalzos por entre el lodo y el agua con ligereza asombrosa. El soldado mejicano es bueno, es sufrido, sumamente subordinado, servicial, dócil, soporta las privaciones sin pronunciar la menor queja, marcha al peli-

gro con admirable serenidad, y es adicto á sus oficiales, cuando éstos le tratan bien. El teniente de artillería don Alberto Hans, francés, que, como he dicho, pertenecía á la division de D. Ramon Mendez, hace justos y merecidos elogios del soldado mejicano en su apreciable obra intitulada, «Querétaro,» ó «Memorias de un oficial del emperador Maximiliano.»

Algunas horas despues de haber salido de la deliciosa poblacion de Apaseo, la division descubrió las elevadas torres de las magníficas iglesias que cuenta la hermosa ciudad de Querétaro. En aquellos momentos se hizo saber
 1867. á todos los que formaban la division, que el
 Febrero. emperador Maximiliano iba al encuentro de ella para pasarle revista antes de que entrase en la ciudad. El entusiasmo más vivo se despertó en el soldado con esta noticia. Acto continuo dictó el general D. Ramon Mendez las disposiciones convenientes para recibir dignamente al soberano. La tropa hizo alto, y se formó en batalla á la orilla del camino, esperando de esa manera al emperador. Pronto se vió levantarse una nube de polvo en direccion de Querétaro, y pocos instantes despues se presentó Maximiliano, acompañado de un brillante estado mayor de que formaban parte los generales D. Leonardo Marquez y D. Miguel Miramon, ante aquellas aguerridas tropas que habían vertido con profusion su sangre en defensa del imperio. Al verle, la division entera le acogió con repetidos gritos de «¡Viva el emperador!»

El general D. Ramon Mendez, que se habia puesto al lado del soberano, le mostraba á sus viejos y sufridos soldados, dándole á conocer los nombres de los diversos ba-

tallones. El emperador recorría, conmovido, la línea. Las bandas de los cuerpos tocaban el himno nacional, y los tambores, marcha. Maximiliano, emocionado profundamente al verse acogido con aquel entusiasmo y lealtad por tropas que mientras habia permanecido el ejército francés en Méjico, no habían alcanzado ninguna atencion suya, se detuvo delante del cuerpo que llevaba el nombre de *Batallon del emperador*; cuerpo verdaderamente excelente, organizado, como tengo dicho, por el general Mendez, que habia sido su coronel en otro tiempo. Maximiliano quedó agradablemente sorprendido del buen aspecto de aquella tropa, tomó la bandera del cuerpo, y dirigió algunas palabras conmovedoras, que fueron contestadas con entusiastas vivas al emperador por todos los soldados.

El joven soberano fué deteniéndose igualmente delante de los demás batallones, que le recibían con las mismas aclamaciones.

La impresion que produjo en el emperador el aspecto de las tropas del general D. Ramon Mendez y la recepcion que le hicieron, fué verdaderamente satisfactoria. Entonces comprendió todo lo que valian aquellos soldados de quienes al mariscal Bazaine habia oído hablar con desden, y sintió haber cometido la falta de descuidar la organizacion y el aumento de un ejército mejicano, cuyo sostenimiento le hubiera costado mucho ménos que las gruesas sumas que se consumieron en las tropas austriacas y belgas, muy mediocres para hacer la penosa campaña de Méjico, y que le abandonaron cuando vieron que el erario estaba exhausto y que no se les podía pagar.